

11223

Env. 12  
52

TEATRO CONTEMPORÁNEO.

HUYENDO DE LO QUE CORRE,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ APARICI Y VALPARDA.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe  
el día 24 de Diciembre de 1867.

J. M. M.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.  
1868.

L47 - 5666

TEATRO CONTEMPORANEO.

BOYEROS DE LO QUE CORRE

CON JOSE ARANCO Y VARRINO

M. M. M.

MADRID

IMPRESA DE LOS HERMANOS VARRINO

647-5666

HUYENDO DE LO QUE CORRE.



55-6

# HUYENDO DE LO QUE CORRE,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ APARICI Y VALPARDA.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Principo  
el día 24 de Diciembre de 1867.

-----  
*José Rodríguez*

MADRID:  
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 48.  
1868.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

DOÑA SERAFINA.....	SRA. DANSANT.
LOLA, su hija.....	STA. BOLDUN.
DON SERAFIN.....	SR. FERNANDEZ.
DANIEL.....	SR. OLONA.
JUAN.....	SR. BELLMONT.
EL DOCTOR.....	SR. IBAÑEZ.
UN MOZO.....	SR. GARRALON.

La escena pasa en un establecimiento de baños  
termales de los Pirineos.—Época actual.

---

La propiedad de esta obra pertenece á D. José Maria Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

---

## ACTO ÚNICO.

---

Jardin ó terraza de un establecimiento de aguas termales: Á la derecha, la entrada, con cancela; á la izquierda, un cuerpo del edificio, que se supone ser comedor; en segundo término, con puerta y salon de lectura y recreo, en primero; á la puerta de este, mesas y sillas; al fondo, varias puertas conduciendo á las dependencias, fonda, etc., etc.

### ESCENA PRIMERA.

DANIEL y JUAN; el primero, leyendo un periódico, sentado junto al salon de lectura; el segundo, hablando con un Mozo que lleva varios efectos de equipaje.

JUAN. Esto ponedlo con el equipaje. Ahora voy yo.

MOZO. Quereis almorzar?

JUAN. Aun no.

(Váse el Mozo por una puerta del fondo.)

DANIEL. Qué veo! Juan!

(Reconociéndole y corriendo á su encuentro.)

JUAN. Daniel!

Aprieta! quién me diría que te habia de encontrar, aquí! Dime, ¿vas á estar

Aparici y Valpardo (D. José)  
Huyendo de lo que cobre  
comedia en un acto y  
en verso.

Madrid: Loso Rodrí-  
guez: 1868.  
8<sup>o</sup> m. llo. v. foll

26-

~~55-6~~



- mucho tiempo?  
DANIEL. Ya debia  
estar en Madrid.
- JUAN. Qué prisa!  
DANIEL. Aquí estoy haciendo el tonto  
sin sustancia. Por de pronto,  
vas á darme una camisa.
- JUAN. Una camisa?  
DANIEL. Sí tal.
- JUAN. Me la darás?  
DANIEL. Por supuesto.  
Y tu equipaje?  
DANIEL. Lo puesto.
- JUAN. Cosa más original!  
DANIEL. Pero qué te ha sucedido?  
Un cúmulo de aventuras,  
mejor dicho, desventuras,  
en donde me hallo metido.  
Una amorosa pasion,  
llave de todo el belen,  
me tiene de tren en tren,  
de estacion en estacion,  
há un mes, sin más equipaje  
que el puesto.
- JUAN. Ven; tomarás  
lo que gustes.
- DANIEL. Luego.
- JUAN. Estás  
hecho un Adan!
- DANIEL. Salvo el traje.
- JUAN. Graciosa creo ha de ser  
la aventura!
- DANIEL. Singular.  
Se la puede titular  
*Por seguir á una mujer.*  
Por seguir los ojos bellos  
de una niña; mejor dicho,  
por no vencer el capricho  
que me arrastra detras de ellos,  
mi crítica situacion  
aumenta, querido Juan,  
el amoroso volcan

de una vehemente pasión.  
JUAN. Ardo por saber el cuento.  
Tú enamorado?

DANIEL. Y desnudo.

JUAN. Lo estoy oyendo y aun dudo.

DANIEL. Escucha.

JUAN. Ya estoy atento.

DANIEL. Á Paris desde la corte  
de España, há cosa de un mes,  
me conducía un espres  
del ferro-carril del Norte.  
Viajaba sin otro fin  
que oír á *Theresa* cantar  
*Les sapeurs* y visitar  
las timbirimbas del Rhin.  
Pues señor, llegado el tren  
á un cruce... ó bifurcacion,  
detúvose en la estacion,  
y yo me bajé al anden,  
de fumar bajo el pretexto,  
con el fin premeditado  
de asomarme al reservado  
de señoras; cuando en esto  
llega otro convoy, se para,  
le paso revista; en el  
venía, Dios de Israel!  
una polla... Juan, qué cara!  
Iba entre papá y mamá  
en un vagon de segunda.  
Una mamá rubicunda  
y un esférico papá.  
Una causa perentoria  
hizo bajar á la madre  
del coche, siguióla el padre  
y aquel cachito de gloria,  
que al bajar me enseñó un pie...  
ay que pie!

JUAN. Sigue tu cuento.

DANIEL. Tardó la madre un momento;  
había ido... no sé á qué.  
Me enamoró en derechura  
la niña; una simpatía

misteriosa me atraía  
hacia aquella criatura.  
Pasearon, los seguí;  
dirigieronse al bufé,  
entraron, en él entré;  
salieron, detras salí...  
Con qué gusto iba vestida!  
qué mona! verde esmeralda  
era su traje, la falda  
la llevaba recogida.  
Dí, quién, á no ser de estuco,  
aquellos pies mandarines  
resiste! tan chiquitines,  
y un sombrerito tan cuco,  
con su alita de pichon,  
la cabeza de un mochuelo,  
el sígueme pollo, el velo,  
los gemelos y el baston.  
Ya ves, si vista de noche,  
velada por el *guipure*  
me hizo...

JUAN. Prosigue.  
DANIEL. *En voiture,*

que quiere decir: «al coche,»  
gritan; en la confusion  
yo corro á los coches, y  
inaquinalmente seguí.

JUAN. Qué?

DANIEL. La alita de pichon.  
Entro en el departamento,  
coloco mi humanidad  
enfrente á la trinidad.  
Cierran la puerta; da al viento  
el motor su voz aguda;  
comienza á andar lentamente,  
luego veloz... de repente  
me asalta terrible duda.

JUAN. Buen lance, por vida mia.

DANIEL. Vi entónces que distraido  
en el tren me habia metido  
que á España se dirigia.  
No pudiendo remediar

aquella equivocacion,  
con tanta resignacion  
me eché en brazos del azar.  
Soy fatalista; esto zanja  
la cuestion; será el destino,  
me dije, que en mi camino  
pone mi media naranja.  
Chico, el que no se consuela  
es porque no quiere.

JUAN. Justo.

DANIEL. Ya le iba tomando gusto  
á este lance de novela,  
considerando como un  
decreto providencial  
aquel encuentro casual,  
cuando llegamos á Irun.  
Terminaba allí su viaje;  
imitarles decidí,  
y un telégrama expedí  
reclamando mi equipaje.  
Me alojé en la misma fonda  
que ella, y sobornando al mozo,  
á su lado, ébrio de gozo,  
comí en la mesa redonda.  
Al principio resistió;  
al cabo de una semana  
estaba ya más humana  
y una esperanza me dió.  
Y cuando ya la esperanza  
iba á trocarse en un sí,  
en la mesa no la ví;  
se habia ido.

JUAN. Cruel mudanza.

Y á dónde?

DANIEL. Á San Juan de Luz.

Corro allá; sí; habian estado;  
pero se habian marchado  
el mismo dia á Zarauz.  
Y allá voy donde ellos van,  
sin darles alcance nunca;  
pero mi fe no se trunca  
y voy á San Sebastian,

á Bagneres, Santander,  
Spá, Vichy, Biarritz, Pau,  
Aguas-buenas, qué sé yo,  
sin dar con esa mujer.  
Y mi equipaje detrás,  
mi situacion parodiando,  
de un punto á otro viajando  
sin darme alcance jamás.

JUAN. Y cómo el verla un momento  
despertó tal frenesí?

DANIEL. Qué quieres, yo soy así;  
cuestion de temperamento.  
Por último, no sé dónde  
la alcanzo; escucha mi cuita,  
y en una amorosa cita  
sé que á mi amor corresponde;  
que hay que allanar un estorbo,  
y de su labio al fin sé  
que viajan tanto porque  
huyen del cólera morbo;  
que es tal su fuerza nerviosa,  
su impresionabilidad,  
que á la menor novedad  
ponen pies en polvorosa.  
Desde entónces he seguido  
constante el itinerario  
que por correo diario  
la niña me ha dirigido.  
Todo iba perfectamente  
cuando, si mal no recuerdo...  
sí, en Panticosa, la pierdo  
de vista completamente.  
En vano una carta suya  
aguardo... entónces, herido  
en mi orgullo, me decido  
á que el enredo concluya.  
Ay, tarde olvidarla quiero,  
que amor mi cerebro ofusca...  
Corro otra vez en su busca  
y se me acaba el dinero.  
Aquí llegué y aquí estoy  
há seis días, pues pedí

- que me girasen aquí,  
y no ha llegado hasta hoy  
la letra, ¿qué debo hacer,  
debo su rastro buscar,  
ó del todo abandonar  
el amor de esa mujer?
- JUAN. De dónde es?
- DANIEL. Ahí está el quid;  
que no lo sé á punto fijo:  
si mal no recuerdo, dijo  
que habitaban en Madrid.
- JUAN. Cómo se llama tu suegro?
- DANIEL. Don Serafin.
- JUAN. Es bastante.
- DANIEL. Sí, búscame un estudiante  
que va vestido de negro  
en Salamanca.
- JUAN. No, al fin  
nombre y residencia es algo.
- DANIEL. Échale en Madrid un galgo  
á un señor don Serafin.
- JUAN. Don Serafin... un señor  
gordo...
- DANIEL. Justo.
- JUAN. Y la mamá?...
- DANIEL. Serafina.
- JUAN. Pues está  
el objeto de tu amor  
aquí.
- DANIEL. Sí!
- JUAN. Respira, amigo,  
los seráficos autores  
del ángel de tus amores  
han llegado aquí conmigo.
- DANIEL. De veras?
- JUAN. Refrena el gozo.  
Yo me puedo equivocar.  
Se lo puedes preguntar  
al Mozo.
- DANIEL. Al momento. Mozo! (Llama.)  
Allí se está puesto en jarras!  
Mozo!

ESCENA II.

DICHOS, el MOZO, el DOCTOR, D. SERAFIN y luego LOLA.

MOZO. Señor! (Qué mareo!)

DOCTOR. Hé aquí un hermoso paseo.

(Enseñándole el edificio á D. Serafin.)

DANIEL. (Don Serafin!)

SERAFIN. (Ap. per Daniel.) El de marras.

MOZO. Qué mandan los señoritos?

JUAN. Es él? (Bajo á Daniel.)

DANIEL. Sí tal. (Al mozo.) ven acá.

Almuerzo para dos. Ah,  
suprime los huevos fritos.

DOCTOR. Caballero...

DANIEL. Adios, Doctor.

LOLA. Él!! (Al salir, reparando en Daniel.)

DANIEL. (Ella!!) Tengo el honor...

(Váse con Juan saludando con esa frase á todos.)

LOLA. (Solo nos faltaba eso.)

ESCENA III.

El DOCTOR, D. SERAFIN y LOLA, que se pasea visiblemente agitada, aunque con ademan distraido; en tanto siguen los otros viendo el edificio.

DOCTOR. Y allí salon de lectura  
con su piano.

SERAFIN. Magnifico:  
pero diga usted, la música  
al que lee...

DOCTOR. Por lo mismo  
la he puesto, es mi sistema,  
el piano y el periodismo  
segun mis cálculos son  
dos agudos soporíferos  
que ejercen grande influencia  
del hombre en el organismo;  
el letárgico sopor  
que derrama en los fluidos

la lectura de un periódico  
ó de una tecla el sonido  
ayuda á la digestion.  
Aquí todo está previsto  
para que higiene y recreo  
se hallen siempre reunidos.

SERAFIN. La explicacion me convence.  
Y esto está muy concurrido?

DOCTOR. Gente no falta: cada año  
cuatro ó seis mil individuos  
entre gotosos, herpéticos,  
escrofulosos y tísicos  
en las aguas sulfurosas  
se sumergen.

SERAFIN. (Vaya un pisto!)

DOCTOR. Viene usted á tomar aguas?

SERAFIN. No, yo prefiero los vinos.

DOCTOR. La señora!

SERAFIN. No, tampoco.

MOZO. Señorita. (Saliendo y dirigiéndose á Lola.)

LOLA. Qué hay?

MOZO. Ha dicho

la señora...

LOLA. Qué? (Alarmada.)

MOZO. Que suba

usted.

LOLA. Le habrá sucedido  
algo...

DOCTOR. Se sentia enferma?

SERAFIN. No, sí... pero voy yo mismo.

LOLA. Si será para ayudarla  
á mudarse de vestido. (Hace que se va.)

SERAFIN. (Siguiéndola hasta la puerta del fondo.)

Por si acaso á la derecha  
y en el fondo está el frasquito  
del elixir; y en la caja  
los polvos preservativos.  
Que no olvide la franela  
ni azufrarse del tobillo

abajo . (Vase Lola seguida del Mozo.)

## ESCENA VI.

EL DOCTOR y D. SERAFIN.

DOCTOR. Pero qué ocurre?

SERAFIN. Nada, nada: yo imagino  
que no será más que el susto.

DOCTOR. Pero es el caso..

SERAFIN. (Alarmado.) Que ha dicho  
usted de caso? Aquí hay casos?  
Doctor, hable usted.

DOCTOR. Pues digo  
que podríamos subir  
á ver qué ocurre.

SERAFIN. Respiro.  
No señor, no es necesario,  
al ménos así confío.

DOCTOR. Qué padece la señora?

SERAFIN. Doctor, un mal agudísimo;  
el propio que yo padezco  
há tres meses.

DOCTOR. Es preciso  
para que yo el diagnóstico  
pueda hacer, desde el principio  
conocer todos los síntomas.

SERAFIN. Síntomas! otro fatídico  
vocablo! Hasta ahora ninguno.

DOCTOR. Entónces...

SERAFIN. Uno gravísimo  
hay tan solo, si por síntoma  
se toma el miedo supino  
que á mi cónyuge y á mí  
nos tiene en un gran conflicto.  
Un miedo piramidal,  
un pánico tan continuo,  
un susto tan pertinaz,  
tan magno y superlativo,  
que á durar un poco más  
el convencimiento abrigo  
que si la piel no nos cuesta  
va á ser á costa del juicio.

DOCTOR. Pero qué motiva ese apocamiento de espíritu?

SERAFIN. Ay, amigo, lo que corre; ese huesped maldecido que en mal hora abortó el Ganges.

DOCTOR. El cólera morbo?

SERAFIN. Chito: me ha dado usted con nombrarlo un calambre en el oído.

DOCTOR. No hay por qué apocarse: aquí por fortuna nunca vino, y la higiene de la casa, lo ventilado del sitio, con alguna precaución de parte del individuo hará que si viene sea por completo inofensivo. Ea, valor.

SERAFIN. Por si acaso tiene usted algún específico?

DOCTOR. No creo en los Dulcamaras, y debe usted hacer lo mismo.

SERAFIN. Pues yo lo tengo infalible, y llevo siempre conmigo, además éter, azufre, manzanilla, malvavisco, yerba de *mata la pulga*, láudano, alcohol, cigarrillos de alcanfor...

DOCTOR. Pues falta entonces un remedio sencillísimo. Buen aguardiente anisado para echar algún traguito después de comer.

SERAFIN. Lo tengo, y que es Escatron legítimo. Conque me aconseja usted?... Me place el preservativo.

DOCTOR. Aquí llega la señora.

SERAFIN. Es verdad.

DOCTOR. Yo con permiso

voy á hacer una visita.

SERAFIN. Á un enfermo?

DOCTOR. Sí, del hígado.

Señora... (Saludando á Doña Serafina.)

SERAF. Beso...

SERAFIN. Es estar  
en sobresalto continuo.

## ESCENA V.

D. SERAFIN y DOÑA SERAFINA.

SERAFIN. Sabes que me has asustado?

Llamaste con tanta prisa  
á Lola...

SERAF. Me era precisa  
para dejar arreglado  
todo. Imprudente...

SERAFIN. Por qué?

SERAF. Mira: sobre el velador  
tu cigarro de alcanfor.

SERAFIN. Es verdad, hoy le olvidé. (Tomándolo.)

Tu prevision me consuela.

SERAF. Has puesto en ese calzado  
azufre?

SERAFIN. Estoy azufrado  
lo mismo que una pajueta,  
por cierto que preferible  
es el mal que esto evitar  
pueda, al remedio de usar  
remedio tan combustible.

SERAF. Descansar se podrá al fin.

SERAFIN. Quiéralo la Providencia.  
Serafina, qué existencia!

SERAF. Qué existencia, Serafin!

SERAFIN. Ay! Quién sabe si otra vez  
me calentaré al brasero  
en aquel piso tercero  
de nuestra calle del Pez.  
Yo que en mi vida salí  
de Madrid más que tal cual  
vez para ir á Fuencarral,  
Valdemoro ó Chamberí;

y terrible ó imponente  
el tránsito, á mis pies, era  
que hay desde la Corredera  
hasta la plaza de Oriente.  
Hoy incansable me ves  
hacer millas viento en popa  
recorriendo media Europa  
en el espacio de un mes.  
Correr y correr sin tino  
derrochando un capital.

SERAF. Es verdad!

SERAFIN. Y ménos mal  
si conservase el destino.

SERAF. Cesante!

SERAFIN. Supe ayer tarde  
que el gobierno destituye,  
salva excepcion, al que huye,  
es decir, al que es cobarde.  
Yo, qué quieres, francamente,  
hasta ahora habia ignorado  
que para ser empleado  
es preciso ser valiente.

SERAF. Habrá injusticia tamaña!  
En circunstancias tan graves...

SERAFIN. Pero mujer, tú no sabes  
que no hay justicia en España?  
por lo demas no hay razon  
para que el lance te importe,  
en cuanto vuelva á la córte  
me paso á la oposicion,  
y antes que llegue el invierno,  
pues mi saña así provoca,  
ó el gobierno me coloca  
ó hago que caiga el gobierno.  
Voy á ser un Catilina,  
un Bruto...

SERAF. Baja la voz.

Serafin, eres atroz.

SERAFIN. Soy muy atroz, Serafina.

SERAF. Pero la lengua reporta;  
cuando llegue la ocasion  
hablarás.

- SE RAFIN. Tienes razon.  
pensemos en lo que importa.  
Y lo que importa primero,  
aunque hacerlo me contrista,  
es presentarte á la vista  
nuestro estado financiero.  
De la miseria al abismo  
corremos, antro insondable.
- SERAF. Pero es ya tan deplorable...
- SERAFIN. Hija, deplorableísimo.  
La situación afflictiva  
de mi precaria fortuna  
verás; por de pronto una  
mirada retrospectiva:  
tres meses pronto va á hacer  
que de la salud en pos  
por esos mundos de Dios  
no hacemos más que correr.  
Cesante sin cesantia,  
solo poseo en total  
un pequeño capital  
fruto de mi economia.  
Ese reducido haber,  
que un debe pronto será,  
Serafina mia, está  
á punto de fenecer.  
Otro viaje, otro traje,  
y tenemos que empeñar  
el traje para pagar  
los gastos de ese viaje.
- SERAF. Siempre llorando el dinero  
que gastas...
- SERAFIN. Yo te respondo  
que estamos cerca del fondo.
- SERAF. Exageras.
- SERAFIN. No exagero.  
Que no poseo una mina  
tu imprevision olvidó.
- SERAF. Serafin, no he sido yo.
- SERAFIN. Tampoco yo, Serafina.
- SERAF. Quién por el pánico ciego  
se arrojó á la eterna brega

de fondas y trenes? Niega  
que fuiste tú...

SERAFIN. No lo niego.

SERAF. Entónces?

SERAFIN. Pero en el plan  
de huida, en mi itinerario  
yo juzgaba innecesario  
pasar de San Sebastian.

SERAF. Y el cólera?

SERAFIN. Fácil era  
darle en España un capeo,  
y la precision no veo  
que hizo pasar la frontera.

SERAF. Conque es decir que yo pago  
la culpa!

SERAFIN. Evita un exceso.  
Bien, no riñamos por eso.

SERAF. Pues paga y calla.

SERAFIN. Eso hago.

Mi voz advertirte quiso  
la situacion del tesoro.

SERAF. Como tú, yo la deploro,  
pero sabes que es preciso.

SERAFIN. Y el porvenir?

SERAF. No te aflija,  
verás cómo se acomoda  
todo con la pingüe boda  
que preparo á nuestra hija.  
Y á propósito, presumo  
que el quidam nos ha perdido  
de vista.

SERAFIN. Se habrá aburrido.

SERAF. Vaya con Dios.

SERAFIN. La del humo.

SERAF. Si le veo oirá de mí  
las verdades del barquero.

SERAFIN. Bien harás.

SERAF. No verle espero.

SERAFIN. (Si supiera que está aquí!)

SERAF. Yo los desorientaré;  
de mí no se han de burlar.  
Me irrito solo al pensar

que á todo esto ha dado pie  
esa tonta mocosuela.  
No era bastante que huyéramos  
del cólera...

SERAFIN. Qué hacer, eramos  
pocos y parió mi abuela.  
SERAF. Qué hay del morbo?  
SERAFIN. (Tomando un periódico.) Voy á ver.  
Segun el *Reino* parece  
que la mortandad decrece:  
cuatro en Madrid anteayer.

SERAF. Y aquí?

SERAFIN. Vive sin temor.  
Nada la epidemia augura,  
el Doctor te lo asegura.

SERAF. No te fies del Doctor.  
Ojo alerta dia y noche,  
y en marcha al punto si acaso.  
(Aparece á una puerta el Doctor y como despidiéndose de una persona y dice.)

DOCTOR. Solo para el primer caso.

SERAF. El primer caso!!

SERAFIN. Sí!!

SERAF. Al coche.

## ESCENA VI.

DICHOS, el DOCTOR, luego JUAN y el MOZO.

DOCTOR. Qué pasa? por qué tal prisa?

SERAFIN. Es acaso fulminante?

DOCTOR. Pero el qué?

SERAFIN. Hace un instante  
nombró usted un caso...

DOCTOR. Que risa!

tanto miedo es ya fatal.  
Hablabá con un amigo,  
y digo caso y lo digo...

SERAFIN. Un caso comun?

DOCTOR. Sí tal.

(Serafina da muestras de encontrarse indispuesta y se deja caer en una silla.)

- SERAFIN. Otra vez la calma reine.  
SERAF. El susto...  
SERAFIN. Estás mala!!  
SERAF. Si.  
SERAFIN. Serafina. En donde...  
SERAF. Aquí.  
SERAFIN. Adios, ya pareció el peine.  
Agua hirviendo alcanforada!  
éter, manzanilla, té. (Gritando.)  
DOCTOR. Pero hombre, cálmese usté;  
á ver, señora... no es nada.  
JUAN. (Acudiendo.) Qué sucede?  
DOCTOR. Una quimera,  
lo que tiene es atonia  
de estómago, convendría  
darle un trozo de ternera.  
SERAF. Me siento más aliviada,  
pero por si el mal aprieta,  
Serafin...  
SERAFIN. Qué?  
SERAF. La receta,  
haz que la pongan mechada.  
SERAFIN. Pues vamos al comedor:  
si gustan... nada; franqueza.  
DOCTOR. Muchas gracias. (Juan saluda.)  
SERAF. (De pronto.) Qué cabeza!  
SERAFIN. Qué hay, mujer?  
SERAF. Y el alcanfor?  
(Serafin busca su cigarrillo y se lo pone en la boca.  
Váanse seguidos del Mozo.)

## ESCENA VII.

JUAN y el DOCTOR.

- JUAN. No será muy de peligro  
mal que se cura comiendo.  
DOCTOR. Es eficaz panacea  
como base ó fundamento  
de toda la economia,  
son seguros sus efectos  
siempre que la inanicion

- se presente en el enfermo.  
JUAN. Verdad es de Pero Grullo.  
DOCTOR. No ménos cierta por eso.  
JUAN. Tiene usted razon. (Me carga,  
no sé por qué, ese galeno.)  
Con el permiso de usted. (Toma un periódico.)  
DOCTOR. Su servidor. (Saludando.)  
JUAN. Caballero... (Váse el doctor.)

### ESCENA VIII.

JUAN y DANIEL.

- JUAN. Aquí está, Daniel. La viste?  
DANIEL. La he visto. Un instante, al vuelo.  
JUAN. No la has hablado?  
DANIEL. Eso no.  
Verás; por el agujero  
de la cerradura, al paso  
miré receloso y creo  
que era ella... ó su miriñaque.  
Me latía tanto el pecho!  
JUAN. Estás hecho un colegial.  
DANIEL. Búrlate de un sentimiento  
que no puedes comprender.  
Es tan puro... tan honesto!  
Sabes que sentimental  
nunca lo fuí.  
JUAN. En cuanto á eso...  
DANIEL. Pues bien, ni yo me conozco.  
JUAN. La has escrito?  
DANIEL. Por supuesto.  
JUAN. Un billetito bucólico,  
un idilio: lo estoy viendo,  
entre floridas hipérboles  
y tropos de todos géneros,  
angustias, quejas y celos.  
Está rimado?  
DANIEL. Bien, búrlate.  
JUAN. Pues hombre, tú no haces versos?  
DANIEL. Y bien, y qué? aunque lo esté...  
JUAN. Á que te adivino el metro?

Y es tanta la pena,  
tan crudo el tormento  
que siente mi alma  
de la tuya lejos,  
que en tu amor pensando  
ni como, ni bebo,  
ni duermo la siesta,  
ni fumo, ni leo,  
ni sufro, ni gozo,  
ni aguardo, ni espero,  
ni gimo, ni rabio,  
ni vivo... no es esto?

DANIEL. Vamos, déjate de bromas.

JUAN. Acerté?

DANIEL. Estamos perdiendo  
de un modo muy lastimoso  
con tanto charlar el tiempo.  
Que llegue á ella es lo que importa,  
y mandarle es lo primero.

Una cita simplemente  
la pido; ni más ni menos. (Sale un mozo.)

JUAN. Calle, aquí tienes un mozo.  
Como llovido del cielo (Al Mozo.)  
has llegado, vas á ser  
el mercurio mensajero.

DANIEL. Quieres callar?

JUAN. Ya me callo.  
Vas á llevar al momento  
esta esquila...

MOZO. Señorito,  
si corre prisa no puedo.

DANIEL. Tienes que hacer?

MOZO. Estoy sirviendo el almuerzo.  
He salido solamente  
á una comision, y vuelvo  
al comedor.

JUAN. El refran  
«quien hace un cesto hará ciento»  
nos dice: «En vez de la una  
haces dos.»

MOZO. Es muy cierto,  
pero esa una consiste

- en decirle al camarero  
que avise á una señorita.
- JUAN. La señora que há un momento  
se puso enferma es la que  
te envía?
- MOZO. Justo.
- JUAN. Soberbio;  
haces las dos comisiones  
si vas en persona...
- MOZO. Pero...
- DANIEL. La esquila es precisamente  
para ella...
- MOZO. Ya comprendo. (Resistiéndose.)
- DANIEL. Y por si te queda duda  
convéncete. (Le da una moneda.)
- MOZO. Me convenzo.
- JUAN. Vamos á tomar café.  
(Se dirigen á la derecha. Lola, que ha salido un  
momento antes, se acerca al mozo y le toma la carta.)
- LOLA. Diga usted que voy corriendo.  
(Se pone á leer la carta.)
- DANIEL. Juan, es ella! (Viéndola)
- JUAN. Daniel,  
te dejo solo. Hasta luego. (Vase.)

### ESCENA IX.

LOLA y DANIEL.

- DANIEL. Lola mia!
- LOLA. Daniel!
- DANIEL. Te encuentro al fin!
- LOLA. Y yo á tí.
- DANIEL. Ingrata!
- LOLA. Yo ingrata?
- DANIEL. Sí.  
Á tu juramento infi  
de mí olvidada quizás  
al par que de tu promesa.  
Sin escribir!
- LOLA. Buena es esa! (Interrumpiéndole.)  
Á pesar de mis papás

que se empeñan cada día  
más en que olvide tu amor,  
no he dejado, no señor,  
de escribirte.

DANIEL.                   Lola mía!

LOLA.                   Ingrato! pedirme celos...  
sabes que en tan corta ausencia  
gasté en mi correspondencia  
dos libras de caramelos?

DANIEL.                Merece una explicacion  
el enigma; la dulzura  
no explica, se me figura,  
bastante que conexion  
pueda haber...

LOLA.                   Que me he servido

de su envoltura: esto es,  
que en cada papel, despues  
de comerme el contenido,  
escribia: «Daniel,  
en Dios y en mi amor confia,  
búscala, que el alma mía  
va envuelta en este papel;  
yo jamás podré olvidarte,  
para y por tí siempre vivo.  
Desde tal punto te escribo,  
y me dirijo á tal parte.»

Y estos billetes escritos  
en cantidad, de antemano  
por donde pasó mi mano  
fui sembrando papelitos.

DANIEL.                Lola, feliz ocurrencia.

LOLA.                   Pues mira, salió de aquí. (La frente.)

DANIEL.                Ayer tu carta leí.

LOLA.                   Dónde?

DANIEL.                   En la *Correspondencia*.

Yo siguiéndole la pista,  
con ellas no pude dar,  
y las halló sin buscar  
indiscreto periodista.

LOLA.                   Mi billete impreso?

DANIEL.                   Impreso.

LOLA.                   Todo nó.

- DANIEL. Quizá una errata...
- LOLA. Á que falta la postdata?
- DANIEL. Y era?...
- LOLA. Bah, dejemos eso. (Mucha intencion.)
- DANIEL. Cesen los reproches vanos,  
confieso que injusto he sido.  
En señal de mútuo olvido  
deja que sobre estas manos  
alabastrinas, que ingratas  
un punto, Lola, juzgué,  
te acuso el recibo de  
tus dos libras de postdatas.
- LOLA. Hablemos como Dios manda,  
basta ya de besuqueo.
- DANIEL. Bien, Lola, por lo que veo  
don Serafin no se ablanda.
- LOLA. Quién, papá? Si es un bendito.  
Mamá, que en su obstinacion  
no ve que la privacion  
es causa del apetito,  
es quien persigue tenaz  
este amor; la que aconseja  
que olvide, y que no me deja  
ni dos minutos en paz.  
Papá, viendo que se obstina  
en quererla persuadir,  
siempre acaba por decir:  
«Tienes razon, Serafina.»
- DANIEL. Y qué hacer?
- LOLA. Ruede la bola,  
al fin y al cabo verás  
de todos quién puede más.
- DANIEL. Tu valor me alienta, Lola.  
No obstante, tú me has hablado  
de un rival...
- LOLA. Cómo un rival?
- DANIEL. Un pretendiente.
- LOLA. Sí tal,  
pero no te dé cuidado,  
se encuentra en el Canadá  
ese novio, ya tú ves.  
Esa boda solo es

un proyecto de mamá.  
Como es rico, le conviene  
el yerno, pero á mí no;  
ni él me conoce ni yo  
á él, y si al cabo viene  
jurándoselas felices,  
tras de una boda quimérica  
se vuelve al Norte de América  
con un palmo de narices.

DANIEL. Lola!!

LOLA. No temas, ni á él  
ni nadie; aunque el mundo arda  
este corazon se guarda  
todo para Daniel.

DANIEL. Oh! bendito una y mil veces  
tu labio, Lola.

LOLA. Confía  
en mi amor.

DANIEL. El alma mía  
te lo devuelve con creces.  
Nuestros destinos al fin  
el cielo por siempre fija.  
Oh, tú, seráfica hija  
del señor don Serafin!  
serás mía?

LOLA. Lo seré;  
no me detendrá ningun  
obstáculo...

(Doña Serafina sale y los sorprende.)

DANIEL. Cataplum!...

SERAF. Dolores, váyase usted. (Váse Lola.)

## ESCENA X.

DANIEL, DOÑA SERAFINA, luego el MOZO.

DANIEL. (De fijo me va á arañar.)

SERAF. Caballere...te...

DANIEL. Señora...

SERAF. Nos toca á los dos ahora.

DANIEL. Bien.

- SERAF. Yo sabré castigar...  
Mozo! (Llamando.) un proceder tan vil.
- DANIEL. (Qué me irá á hacer esta vieja.)  
(Sale el Mozo.)
- SERAF. Tráigame usted una pareja.
- MOZO. De qué! (Asombrado.)
- SERAF. De Guardia civil! (Gritando.)
- DANIEL. Vamos á dar á la gente  
que hablar.
- SERAF. Usted me provoca.
- MOZO. Está loca? (Á Daniel.)
- DANIEL. Sí; está loca,  
váyase usted. (Váse el Mozo.)
- SERAF. Insolente!
- En dónde está mi marido!
- DANIEL. Hablemos con calma.
- SERAF. Sí. (Cambio brusco.)
- Á qué ha venido usted aquí?
- DANIEL. Y ustedes á qué han venido?
- SERAF. Qué se entiende?
- DANIEL. Usted se enoja?  
Pues hace mal.
- SERAF. Caballero...
- Yo vengo aquí porque quiero.
- DANIEL. Y yo porque se me antoja.  
Lo que es este amor, en vano  
lucha usted por extinguirlo;  
ni olvidarlo ni adquirirlo  
está del hombre en la mano.  
Venga usted á la razon,  
déjese usted convencer;  
por qué empeñarse en torcer  
nuestra mútua inclinacion?  
Tengo un honrado apellido;  
pobre, señora, no estoy,  
en una palabra, soy,  
lo que se llama un partido.  
Por qué pues si amor eterno  
nos une, á mi llanto ciega  
su labio tenaz me niega  
el dulce nombre de yerno?  
En qué he merecido yo

ese odio? Pero quizás  
usted se ablande...

SERAF. Jamás.

DANIEL. Pero, por qué?

SERAF. Porque no.

DANIEL. La razon es convincente,  
así una voy á añadir  
tan solo que usted va á oír  
aunque me llame insolente.  
Amo á Lola, y pues mi estrella  
me otorga su afecto puro,  
á pesar de todo, juro  
que me casaré con ella.  
Yo la ley invocaré  
contra el tirano capricho  
que usted nos opone. He dicho.  
Señora, á los pies de usted. (Vásc.)

## ESCENA XI.

D. SERAFIN y DOÑA SERAFINA.

SERAF. Serafin!...

(Llamándole á gritos y repuesta de la sorpresa.)

SERAFIN. Qué hay, Serafina?

SERAF. Mátamelo!

SERAFIN. (Mucha calma.) Pero á quién?

SERAF. Á ese infame. Dónde está  
el revolver?

SERAFIN. Cálmate,

SERAF. No tienes sangre en las venas.

SERAFIN. Pero qué pasa, mujer?

SERAF. Dice que se casará.

SERAFIN. Tanto peor para él.

SERAF. Asesino... en su cinismo  
aun osa invocar la ley.

Anda, desafíalo.

SERAFIN. Déjalo para despues.

SERAF. Á dos pasos, á pistola...  
quiero su cabeza.

SERAFIN. Bien.

SERAF. Me ha insultado!

SERAFIN. Picardia!

Pero en resúmen, quién es  
á quién debo ejecutar?  
Hasta ahora nada sé.  
Quién merece aquí la pena  
capital?

SERAF. É!!!

SERAFIN. Quién es él!

Ah! ya caigo...

SERAFIN. Así cayeras,  
pero para no volver  
á levantarte.

SERAFIN. Mil gracias.

SERAF. Búscalo.

SERAFIN. Soy yo lebre!

Así dicen á los perros;

búscalo, piénsalo bien.

Tú no cuentas con la huéspedá.

No es más posible que en vez

de pegarle un tiro yo

él me dé dos puntapiés?

SERAF. Cobarde!

SERAFIN. Solo prudente.

SERAF. Demasiado.

SERAFIN. Ya lo sé.

Lo que importa es que te calmes.

SERAF. La cólera!

SERAFIN. Por Dios, ten

prudencia; nada más fácil

que el *la* se convierta en *él*,

y aquí el sexo del artículo

no es un grano de anís.

SERAF. Bien.

Voy á cerrar los dos mundos.

SERAFIN. Cómo, á marchar otra vez?

SERAF. Ni él, ni tu hija, ni tú

mi voluntad torcereis.

Él se quedará soltero

ó buscará otra mujer,

tu hija vestirá imágenes

ó irá con quien yo querré;

en cuanto á tí... dí que suban

por el equipaje.

- SERAFIN. Pues  
me sublevo y formo liga  
con los rebeldes.
- SERAF. Y qué  
me importa? Napoleon  
el modo de deshacer  
las coaliciones enseña.
- SERAFIN. Jesus Maria y José!  
La guerra continental!  
Pues mira, repasa bien  
la historia; quizá un ejemplo  
el emperador te dé.
- SERAF. No hay ejemplo aquí que valga.
- SERAFIN. Si le hay.
- SERAF. Vuelvo. (Váse.)
- SERAFIN. (Siguiéndola.) Despues  
de un Austerlitz, tuvo el héroe  
un Waterlóo... Qué mujer!  
Lástima de santa Elena!  
Mozo, una taza de té.  
(Á la puerta por donde marchó Doña Serafina.)

## ESCENA XII.

D. SERAFIN, DANIEL y JUAN.

- DANIEL. D. Serafin... (Saliendo á su encuentro.)
- SERAFIN. Servidor.
- DANIEL. Gracias... gracias. (Tratando de abrazarle.)
- SERAFIN. No hay de qué.
- DANIEL. Usted es mi padre.
- SERAFIN. Yo!
- DANIEL. Me explico mal, usted es  
nuestra Providencia: Juan,  
Juan amigo mio, ven.
- JUAN. Qué hay?
- DANIEL. Don Serafin me otorga  
su hija.
- SERAFIN. Qué dice usted?
- DANIEL. Todo lo oí...
- SERAFIN. No...
- DANIEL. Invencibles

de hoy más seremos los tres.

La tiranía materna

se nos opone? Pues bien,

la union constituye la

fuerza: á luchar y vencer.

SERAFIN. Pero hombre...}

DANIEL. Fuera cumplidos,

*Touchez, mon ami, touchez.*

Juan, te presento á mi suegro

don Serafin... no se qué...

JUAN. Celebro...

DANIEL. Mi amigo Juan.

JUAN. Que le da su parabien

por la acertada eleccion

de yerno...

DANIEL. Calla... (*Afectando modestia.*)

JUAN. Así.

SERAFIN. Hombre, me deja usted hablar?

DANIEL. Con mucho gusto.

SERAFIN. Pues bien:

yo...

DANIEL. Permita usted, amigo.

Yo me llamo Daniel

de Velez; veinte y dos años;

vine á este mundo en Jerez;

huérfano de padre y madre,

soltero, poseo tres

cortijos, cuatro dehesas,

y tengo acciones de diez

ferro-carriles: en suma,

no me falta que comer.

Respecto de mi conducta...

JUAN. Yo abono.

SERAFIN. Si abona usted...

por lo francotes me gustan.

DANIEL. Ahora que sabe quién es

su aliado...

SERAFIN. Puedo hablar?

DANIEL. Sí señor: escucho.

SERAFIN. Pues...

le diré que...

JUAN. Usted perdone

si le interrumpo otra vez.  
Hay cosas que la modestia  
de mi amigo Daniel  
le oculta.

DANIEL.                    Calla...  
JUAN.                        Sus dotes  
                              morales...

DANIEL.                    Calla.  
JUAN.                        No á fe.

Un talento universal;  
pinta como un Rafael,  
es un Rubini cantando;  
Franconi, Price ni Tempée  
no revuelven con mas gracia  
un caballo.  
(El Mozo saca un servicio de té y lo coloca sobre  
el velador.)

DANIEL.                    Calla!  
JUAN.                        Y quién

más donoso, más afable,  
más valiente, más cortés,  
más honesto, más sencillo  
ni más honrado que él?

SERAFIN. Permitan que... (Impaciente.)

JUAN.                        Permitimos.

SERAFIN. Pues bien, ante todo...

MOZO.                      (Poniéndoselo delante.) El té.

DANIEL. Toma usted té?

SERAFIN.                    Sí señor,  
no me sentia muy bien...  
si ustedes gustan...

DANIEL.                    El claro  
gustamos, sí, pero en vez  
de ese exótico brebaje  
venga champagne. Bebe usted?

SERAFIN. Solo... así... de vez en cuando,  
los dias de mi mujer...

Qué jóvenes más simpáticos,  
Mozo, tráelo muy *frappé*.  
No me hará daño?

JUAN.                        El champagne?

- SERAFIN. Pues entónces á beber.  
Yo he sido muy calavera.
- DANIEL. Oiga!
- SERAFIN. He sido de la piel  
del demonio.
- JUAN. Se conoce.
- SERAFIN. Hasta el año veintitres:  
señores, vaya otra ronda  
de anisete.  
(Sirve en la taza y la copa y se reserva el frasco.)
- JUAN. Bravo!
- DANIEL. Bien!
- JUAN. Á la salud de mi suegro.
- SERAFIN. Y á la de ustedes. (Beber.)  
Pues con este ya van tres.
- JUAN. Muy bien por don Serafin.
- SERAFIN. Van ustedes á creer  
que me gusta.
- DANIEL. Y qué hay de malo  
en que le guste?
- SERAFIN. Pues bien;  
francamente, no reniego  
de la estirpe de Noé;  
me gusta... que si me gusta!  
pero no puedo beber;  
mi costilla... digo, el médico  
me lo prohíbe. Así pues,  
como le iba á usted diciendo...  
Jóven, no se case usted.  
No se case usted, amigo.
- DANIEL. Don Serafin, y por qué?
- SERAFIN. Yo fui el hombre mas feliz  
hasta el año veintitres.  
Funesta fecha!
- DANIEL. Qué, alguna  
desgracia?
- SERAFIN. Sí, me casé!!  
Pero no viene el champagne?
- MOZO. Aquí está. (Destapa la botella.)
- SERAFIN. Don...

- DANIEL. Daniel.
- SERAFIN. Don Daniel, la alegría  
que me retoza, el placer  
de echar una cana al aire...
- DANIEL. Bebamos...
- SERAFIN. Espero á que  
se pasen las chirivitas.
- JUAN. Antes á brindar.
- SERAFIN. Á quién?
- DANIEL. Yo por doña Serafina.
- SERAFIN. Hombre, no se case usted.
- DANIEL. Y el amor?
- SERAFIN. El amor, jóven,  
inspira cada sandez.
- DANIEL. Sin duda usted se arrepiente?
- SERAFIN. Ay, no lo sabe usted bien.  
Amor, embustero prisma  
que hace ver todo al revés;  
luego, á la luz de la antorcha  
del himeneo, se ve  
lo que era color de rosa  
tornarse en negro de pez.  
Quién me habia de decir  
el día que la encontré  
con su basquiña amarilla  
al salir de San Ginés,  
tan modesta y recatada,  
que iba á ser... lo que iba á ser!
- DANIEL. Sin duda usted exagera.
- SERAFIN. Jóven, no se case usted.
- DANIEL. Las leyes del corazon  
son imperiosas.
- SERAFIN. Tambien  
yo á esa ley obedecí  
cargando con mi mujer;  
en ella puse mi amor,  
y ella me puso la ley.  
Qué tragos me ha hecho pasar!  
(Se sirve y bebe.)  
Á nadie inspiro interés  
en la tierra, soy un hongo.  
Hoy, por la primera vez,

siento la dulce expansion  
que hasta el año veintitres;  
los amigos... las botellas...

*Touchez, mon ami, touchez.*

(D. Serafin comienza á embriagarse, aunque desde la salida debe dar muestras de beber sin costumbre; la embriaguez debe ser de las vulgarmente llamadas llorenas; esto es, expansiva y lúgubre.)

DANIEL. Oh, sí; somos sus amigos.

Á lo que entiendo, no fué  
acertado en su eleccion?

SERAFIN. Tan acertado, que al mes  
de matrimonio, ya dije,  
como la rana, *la erré.*

DANIEL. No congeniaban ustedes?

SERAFIN. Como un gato y un lebrel;  
mi Serafinita tiene  
un genio de Lucifer  
para acibarar mi vida;  
yo con loca estupidez  
descansaba en lo imposible,  
que era encontrar otro ser  
como yo de tan mal gusto,  
que me disputaba el  
corazon de la tarasca  
que me cupo por mujer...  
Pues mire usted, *los* habia.

DANIEL. Vaya un plural.

SERAFIN. Óigame.

Un dia que la oficina  
antes de la hora dejé,  
llego á mi casa... *penetró...*  
Jóven, no se case usted.  
La estaba diciendo amores  
un teniente aragonés.  
Amigo, si el matrimonio  
tiene una luna de miel,  
tiene como el paraiso  
una serpiente tambien;  
son atroces los de tropa.  
Jóven no se case usted  
mientras haya coraceros.

- JUAN.. Qué un coracero?  
SERAFIN. Del Rey,  
número uno.
- DANIEL. Supongo  
que con un duelo...
- SERAFIN. Fué mi primer  
impulso, un duelo terrible  
á muerte... pero despues  
lo pensé un poquito más,  
fui filósofo y callé.
- JUAN. Brava determinacion.
- SERAFIN. Jóven, no se case usted.
- DANIEL. No es razon, porque la madre  
no tiene la culpa de  
que un atrevido...
- SERAFIN. Verdad,  
ella nunca le dió pie.
- DANIEL. Entónces lo dicho, dicho,  
papá suegro, abrázame.
- SERAFIN. Anda, sírveme otra copa  
y deja el mundo correr.  
Diria que estoy peneque.
- DANIEL. Ya por lo queda?
- SERAFIN. Amen.
- SERAFIN. *Nel vino cerchiamе.* (Cantando el *Hernani*.)
- SERAF. (Vestida de viaje.) Qué veo!
- SERAFIN. *Cerchiamе al men un piacer!*

### ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA SERAFINA, luego el DOCTOR y el MOZO.

- SERAF. Dónde está la dignidad,  
marido imbécil?
- SERAFIN. Mujer!
- SERAF. En lugar de obedecer  
á ciegas mi voluntad  
te encuentro siendo el bufon  
en tan asqueroso estado  
de quien sin duda han tomado  
esto por un bodegon.
- SERAFIN. Mira, deja por ahora

L'œuvre venue d'un se obediens  
 Me pardonnez, Seigneur  
 Puis se clame, Seigneur, et se  
 (Apr. à Seigneurs)  
 Avez-vous écouté  
 un corbeau contre lui  
 Me tal; por que  
 (Apr. à Seigneurs)  
 (se les Seigneurs)  
 Me tal; la cencia  
 (Apr. à Seigneurs)  
 En tal; que se saliente  
 esta montaña de la  
 y otros amigos y otros  
 de eleccion de tal cencia

FIN DE LA FIENA

Examinada esta comedia, no halla inconveniente en que su representación se autorice con las supuestas hechas.  
 Hechas para su aprobación el Censor con  
 Madrid 18 de Octubre de 1807.

El censor de letras,  
 D. Jacinto S. Sierra.

Quedan hechas las supuestas indicadas por  
 el censor.  
 El Autor.



# PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Manzano.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Ruiz.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Martí.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Muro.	Idem.....	Moya.
Alicante.....	Viuda de Ibarra.	Mataró.....	Clavel.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered. de Andri o.
Avila.....	Lopez.	Orense.....	Perez.
Badajoz.....	Coronado.	Orihuela.....	Martinez Alvarez.
Barcelona.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	V. de Bartumens.	Oviedo.....	Martinez.
Bejar.....	Lopez Coron.	Palencia.....	Hijos de Gutierrez
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Rios.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Buceta Solla y
Cádiz.....	Verdugo Morillas		compañía.
	y compañía.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena.....	Pedreño.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	J. Maria de Soto.	Ronda.....	V. <sup>a</sup> de Gutierrez.
Ceuta.....	M. G. de la Torre.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real.....	Acosta.	San Fernando...	Martinez.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	Sanlúcar.....	Oña.
Córdoba.....	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Coruña.....	Lago.	Santander.....	Hernandez.
Cuenca.....	Mariana.	Santiago.....	Escribano.
Ecija.....	Giuli.	San Sebastian...	Garralda.
Ferrol.....	Taxonera.	Segorbe.....	Gra. Campos.
Figueras.....	Viuda de Bosch.	Segovia.....	Salcedo.
Gerona.....	Dorca.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Soria.....	Rioja.
Granada.....	Zamora.	Talavera.....	Castro.
Guadalajara.....	Oñana.	Tarragona.....	Font.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Teruel.....	Baquedano.
Haro.....	Quintana.	Toledo.....	Hernandez.
Huelva.....	Osorno é hijo.	Toro.....	Tejedor.
Huesca.....	Guillen.	Valencia.....	I. Garcia.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.	Idem.....	J. Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	A. Juan.
Logroño.....	Brieba.	Ubeda.....	Perez.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.